



INVISIBILIZADO

MARÍA DE LAS MERCEDES GARCÍA URCOLA*

El reloj despertador sonó. Pedro Farías se levantó como todas las mañanas: somnoliento, desganado y confuso. Fue a la cocina, preparó el desayuno, levantó el diario y lo hojeó. Las noticias le provocaron el deseo de volver a su cama y ausentarse de la cotidianeidad.

Fue al baño, se miró en el espejo y no pudo ver nada. Su imagen no se reflejaba y pensó: todavía estoy soñando. Pero no era posible, había tomado café, había leído algunas de las noticias y sus ojos no se habían negado a esto. Decidió que era muy temprano para angustiarse, se duchó, se vistió y subió al ascensor con la esperanza de encontrar algún vecino que lo saludara y a esta altura, lo hiciera sentirse visible. Nada ocurrió. Ya en la calle caminó lentamente, su trabajo estaba a diez cuadras, y en el camino solía ver mujeres limpiando las veredas, pero el día estaba muy frío y ninguna de ellas había resuelto salir.

Pedro Farías tenía un cuerpo escuálido y no sobrepasaba el metro sesenta. Era un hombre solitario, duro, introvertido e insensible al dolor. Su niñez lo había marcado: sus padres lo habían abandonado al cuidado de una tía paterna que había muerto cuando solo contaba con veinte años.

El bar de Nino estaba en la esquina del Ministerio de Salud, y Pedro solía ir a media mañana a tomar un café expés. Nino era un italiano de barriga prominente y rezongón –seguramente porque le gustaba estar informado–, escuchaba las noticias de la mañana por la radio y las comentaba con los clientes. Pedro disfrutaba de esos momentos. Cuando pasó por el bar miró la ventana, Nino estaba detrás pero no lo saludó, seguramente estaba concentrado en las noticias de las ocho.

Pedro subió las escaleras del Ministerio rápidamente, había empezado a llover. En el *hall* central había una mesa y una

* Abogada, Universidad Nacional de La Plata-Argentina, estudiante de la Maestría en Derechos Humanos de la Universidad Nacional de La Plata, Subsecretaria de la Procuración General de la Suprema Corte de Justicia de la Provincia de Buenos Aires, en la Defensoría de Casación Penal-Fuero Penal.

silla destinada al guardia policial, pero estaban vacías.

La mañana se presentaba como de no encuentros.

Cuando entró a la oficina, sus compañeros estaban charlando en grupos de a dos o tres y no advirtieron su presencia. La ansiedad se apoderó de su mente, se colocó frente a la secretaria de su jefe y la miró con una mirada penetrante y desesperada, pero ella se mantenía impávida, ¿no lo veía o no tenía ganas de hablar? Corrió al baño, se miró en el espejo, y comprobó que se había invisibilizado. Sentía su corazón, estaba vivo, ¿pero adónde había migrado su existencia física?

Ya en el ascensor del edificio miró de reojo el espejo, no se veía nada, corrió hasta la puerta, salió, y sorprendentemente vio que su existencia se encontraba sentada en la vereda de enfrente pidiendo limosna. Se detuvo a observarse y constató que nadie lo veía. Las personas pasaban a su lado como si él no estuviera allí, y estaba vestido de mendigo.

Cruzó la calle, se increpó

— ¿Qué estás haciendo con mi cuerpo? yo tendría que estar en el trabajo.

Él suavemente le contestó:

— Me necesitaba y vine. Ahora me doy cuenta que no me ven, pero aguarda

allá en la otra cuadra hay alguien que sí me necesita.

— No voy a esperarte todo el día— le dijo Pedro, a quien solo le importaba recuperar su cuerpo, y se acompañó.

Se veía muy viejo y desvalido, estaba perdido y le preguntaba a la gente que pasaba si sabían donde vivía. Ellos no lo escuchaban y tampoco lo miraban.

— Dame mi cuerpo —dijo Pedro.

— No, dame una última oportunidad, en la plaza hay un joven paralítico. Se le ha roto la rueda de su silla.

Hacia allí fueron. Pedro se vio joven pero triste. Su existencia clamaba ayuda, pero ninguna persona se detenía, porque parecía que no lo veían.

Pedro ya no estaba enojado, había entrado en pánico, y le dijo a la existencia: dame mi cuerpo. Presintiendo que ya nada volvería a ser como la noche anterior. Había visto el dolor de los invisibilizados.

De pronto volvió a sentir su cuerpo, pero esta vez no podía ver. Estaba ciego.

Recibido: 13/09/2010 • Aceptado: 17/03/2011